

El narrador de historias

Tobermory



S A K I

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

Ilustraciones: Leicia Gotlibowski

04-07-2025

Este libro pertenece a:

Este material ha sido elaborado por la Dirección de Educación Primaria,
Dirección General de Educación Estatal,
Subsecretaría de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa,
Ministerio de Educación. CABA.
Selección y adaptación del texto: María Elena Cuter y Mirta Torres
Diseño gráfico y diagramación: Leicia Gotlibowski
Ilustración: Leicia Gotlibowski

Saki

El narrador de historias. Tobermory / Saki; adaptado por María Elena Cuter;
Mirta Torres; editado por Leicia Gotlibowski; ilustrado por Leicia Gotlibowski. -1a
ed. adaptada.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación del
Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-549-827-3

1. Cuentos Clásicos Infantiles. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Inglesa. I. Cuter,
María Elena, adap. II. Torres, Mirta, adap. III. Gotlibowski, Leicia, ilus. IV. Título.
CDD 823.9282

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación
Carlos H. Perette y Calle 10 - CABA

Hecho el depósito que marca la Ley n° 11.723
Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
04-07-2025

JEFE DE GOBIERNO
Horacio Rodríguez Larreta

MINISTRA DE EDUCACIÓN
María Soledad Acuña

JEFE DE GABINETE
Luis Bullrich

SUBSECRETARIA DE COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
Y EQUIDAD EDUCATIVA
María Lucía Feced Abal

SUBSECRETARIO DE TECNOLOGÍA EDUCATIVA Y SUSTENTABILIDAD
Santiago Andrés

SUBSECRETARIO DE CARRERA DOCENTE
Manuel Vidal

SUBSECRETARIO DE GESTIÓN ECONÓMICO FINANCIERA
Y ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS
Sebastián Tomaghelli

SUBSECRETARIA DE LA AGENCIA DE APRENDIZAJE
A LO LARGO DE LA VIDA
Eugenia Cortona

DIRECTOR EJECUTIVO DE LA UNIDAD DE EVALUACIÓN INTEGRAL
DE LA CALIDAD Y EQUIDAD EDUCATIVA
Gabriel Sánchez Zinny

DIRECTOR GENERAL DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO
Javier Simón

DIRECTOR GENERAL DE EDUCACIÓN DE GESTIÓN ESTATAL
Fabián Capponi

DIRECTORA DE EDUCACIÓN PRIMARIA
Silvina Varela

An illustration of a steam locomotive crossing a bridge over a river. The locomotive is black with a white smokestack and a white chimney. The bridge is made of wooden planks and has a white railing. The river is blue with green grass on the banks. In the top left corner, there is a small index box with a white background and a black border. It contains the title 'Índice' and two entries: 'El narrador de historias 3' and 'Tobermory..... 17'.

Índice

El narrador de historias 3

Tobermory..... 17

EL NARRADOR DE HISTORIAS

Era una tarde calurosa y el vagón del tren también estaba caliente; la siguiente parada, Templecombe, estaba casi a una hora de distancia. Los ocupantes del vagón eran una niña pequeña, otra niña aún más pequeña y un niño también pequeño. Una tía de los niños ocupaba un asiento de la esquina; el otro asiento de la esquina, del lado opuesto, estaba ocupado por un hombre soltero que era un extraño ante aquella fiesta, pero las niñas pequeñas y el niño pequeño ocupaban, enfáticamente, el compartimiento. Tanto la tía como los niños conversaban de manera limitada pero persistente, recordando las atenciones de una mosca que se niega a ser rechazada. La mayoría de los comentarios de la tía empezaban por «No», y casi todos los de los niños por «¿Por qué?». El hombre soltero no decía nada en voz alta.

—No, Cyril, no —exclamó la tía cuando el niño empezó a golpear los cojines del asiento, provocando una nube de polvo con cada golpe—. Ven a mirar por la ventanilla —añadió.

El niño se desplazó hacia la ventilla con desgano.

—¿Por qué sacan a esas ovejas fuera de ese campo? —preguntó.

—Supongo que las llevan a otro campo en el que hay más hierba —respondió la tía débilmente.

—Pero en ese campo hay montones de hierba —protestó el niño—; no hay otra cosa que no sea hierba. Tía, en ese campo hay montones de hierba.

—Quizá la hierba de otro campo es mejor —sugirió la tía neciamente.

—¿Por qué es mejor? —fue la inevitable y rápida pregunta.

—¡Oh, mira esas vacas! —exclamó la tía.

Casi todos los campos por los que pasaba la línea de tren tenían vacas o toros, pero ella lo dijo como si estuviera llamando la atención ante una novedad.

—¿Por qué es mejor la hierba del otro campo? —persistió Cyril.

El ceño fruncido del soltero se iba acentuando hasta estar ceñudo. La tía decidió, mentalmente, que era un hombre duro y hostil.

Ella era incapaz por completo de tomar una decisión satisfactoria sobre la hierba del otro campo.

La niña más pequeña creó una forma de distracción al empezar a recitar «De camino hacia Mandalay». Solo sabía la primera línea, pero utilizó al máximo su limitado conocimiento. Repetía la línea una y otra vez con una voz soñadora,



pero decidida y muy audible; al soltero le pareció como si alguien hubiera hecho una apuesta con ella a que no era capaz de repetir la línea en voz alta dos mil veces seguidas y sin detenerse. Quienquiera que fuera que hubiera hecho la apuesta, probablemente la perdería.

—Acérquense aquí y escuchen mi historia —dijo la tía cuando el soltero la había mirado dos veces a ella y una al timbre de alarma.

Los niños se desplazaron apáticamente hacia el final del compartimiento donde estaba la tía. Evidentemente, su reputación como contadora de historias no ocupaba una alta posición, según la estimación de los niños.

Con voz baja y confidencial, interrumpida a intervalos frecuentes por preguntas malhumoradas y en voz alta de los oyentes, comenzó una historia poco animada y con una deplorable carencia de interés sobre una niña que era buena, que se hacía amiga de todos a causa de su bondad y que, al final, fue salvada de un toro enloquecido por numerosos rescatadores que admiraban su carácter moral.

—¿No la habrían salvado si no hubiera sido buena? —preguntó la mayor de las niñas.

Esa era exactamente la pregunta que había querido hacer el soltero.

—Bueno, sí —admitió la tía sin convicción—. Pero no creo que la hubieran socorrido muy deprisa si ella no les hubiera gustado mucho.

—Es la historia más tonta que he oído nunca —dijo la mayor de las niñas con una inmensa convicción.

—Después de la segunda parte no he escuchado, era demasiado tonta —dijo Cyril.





La niña más pequeña no hizo ningún comentario, pero hacía rato que había vuelto a comenzar a murmurar la repetición de su verso favorito.

—No parece que tenga éxito como contadora de historias —dijo de repente el soltero desde su esquina.

La tía se ofendió como defensa instantánea ante aquel ataque inesperado.

—Es muy difícil contar historias que los niños puedan entender y apreciar —dijo friamente.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo el soltero.

—Quizá le gustaría a usted explicarles una historia —contestó la tía.

—Cuéntenos un cuento —pidió la mayor de las niñas.

—Érase una vez —comenzó el soltero— una niña pequeña llamada Berta que era extremadamente buena.

El interés suscitado en los niños momentáneamente comenzó a vacilar en seguida; todas las historias se parecían terriblemente, no importaba quién las explicara.

—Hacía todo lo que le mandaban, siempre decía la verdad, mantenía la ropa limpia, comía budín de leche como si fuera tarta de mermelada, aprendía sus lecciones perfectamente y tenía buenos modales.

—¿Era bonita? —preguntó la mayor de las niñas.

—No tanto como cualquiera de ustedes —respondió el soltero—, pero era *terriblemente* buena.

Se produjo una ola de reacción en favor de la historia; la palabra *terrible* unida a *bondad* fue una novedad que la favorecía. Parecía introducir un círculo de verdad que faltaba en los cuentos sobre la vida infantil que narraba la tía.

—Era tan buena —continuó el soltero— que ganó varias medallas por su bondad, que siempre llevaba puestas en su vestido. Tenía una medalla por obediencia, otra por puntualidad y una tercera por buen comportamiento. Eran medallas grandes de metal y chocaban las unas con las otras cuando caminaba. Ningún otro niño de la ciudad en la que vivía tenía

esas tres medallas, así que todos sabían que debía de ser una niña extraordinariamente buena.

—*Terriblemente* buena —citó Cyril.

—Todos hablaban de su bondad y cuando el Príncipe de ese país se enteró de aquello dijo que, ya que era tan buena, debería tener permiso para pasear, una vez a la semana, por su parque, que estaba justo afuera de la ciudad. Era un parque muy bonito y nunca se había permitido la entrada a niños, por eso fue un gran honor para Berta tener permiso para poder entrar.

—¿Había alguna oveja en el parque? —preguntó Cyril.

—No —dijo el soltero—, no había ovejas.

—¿Por qué no había ovejas? —llegó la inevitable pregunta que surgió de la respuesta anterior.

La tía se permitió una sonrisa que casi podría haber sido descrita como una mueca.

—En el parque no había ovejas —dijo el soltero— porque, una vez, la madre del Príncipe tuvo un sueño en el que su hijo era asesinado tanto por una oveja como por un reloj de pared que le caía encima. Por esa razón, el Príncipe no tenía ovejas en el parque ni relojes de pared en su palacio.

La tía contuvo un grito de admiración.

—¿El Príncipe fue asesinado por una oveja o por un reloj? —preguntó Cyril.

—Todavía está vivo, así que no podemos decir si el sueño se hará realidad —dijo el soltero despreocupadamente—. De todos modos, aunque no había ovejas en el parque, sí había muchos cerditos corriendo por todas partes.

—¿De qué color eran?

—Negros con la cara blanca, blancos con manchas negras, totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran totalmente blancos.



El contador de historias se detuvo para que los niños crearan en su imaginación una idea completa de los tesoros del parque; después prosiguió:

—Berta sintió mucho que no hubiera flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no arrancaría ninguna de las flores del Príncipe y tenía intención de mantener su promesa por lo que, naturalmente, se sintió tonta al ver que no había flores para coger.

—¿Por qué no había flores?

—Porque los cerdos se las habían comido todas —contestó el soltero rápidamente—. Los jardineros le habían dicho al Príncipe que no podía tener cerdos y flores, así que decidió tener cerdos y no tener flores.

Hubo un murmullo de aprobación por la excelente decisión del Príncipe; mucha gente habría decidido lo contrario.



—En el parque había muchas otras cosas deliciosas. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con hermosos loros que decían cosas inteligentes sin previo aviso, y colibríes que cantaban todas las melodías populares del día. Berta caminó arriba y abajo, disfrutando inmensamente, y pensó: «Si no fuera tan extraordinariamente buena no me habrían permitido venir a este maravilloso parque y disfrutar de todo lo que hay en él para ver», y sus tres medallas chocaban unas contra las otras al caminar y la ayudaban a recordar lo buenísima que era realmente. Justo en aquel momento, iba merodeando por allí un enorme lobo para ver si podía atrapar algún cerdito gordo para su cena.

—¿De qué color era? —preguntaron los niños, con un inmediato aumento de interés.

—Era completamente del color del barro, con una lengua negra y unos ojos de un gris pálido que brillaban con inexplicable ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Berta; su delantal estaba tan inmaculadamente blanco y limpio que podía ser visto desde una gran distancia. Berta vio al lobo, vio que se dirigía hacia ella y empezó a desear que nunca le hubieran permitido entrar en el parque. Corrió todo lo que pudo y el lobo la siguió dando enormes saltos y brincos. Ella consiguió llegar a unos matorrales de mirto y se escondió en uno de los arbustos más espesos. El lobo se acercó olfateando entre las ramas, su negra lengua le colgaba de la boca y sus ojos gris pálido brillaban de rabia. Berta estaba terriblemente asustada y pensó: «Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena ahora estaría segura en la ciudad». Sin embargo, el olor del mirto era tan fuerte que el lobo no pudo olfatear dónde estaba escondida Berta, y los arbustos eran tan espesos que podría haber estado buscándola entre ellos durante mucho

rato, sin verla, así que pensó que era mejor salir de allí y cazar un cerdito. Berta temblaba tanto al tener al lobo merodeando y olfateando tan cerca de ella que la medalla de obediencia chocaba contra las de buena conducta y puntualidad. El lobo acababa de irse cuando oyó el sonido que producían las medallas y se detuvo para escuchar; volvieron a sonar en un arbusto que estaba cerca de él. Se lanzó dentro de él, con los ojos gris pálido brillando de ferocidad y triunfo, sacó a Berta de allí y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, algunos pedazos de ropa y las tres medallas de la bondad.

—¿Mató a alguno de los cerditos?

—No, todos escaparon.

—La historia empezó mal —dijo la más pequeña de las niñas—, pero ha tenido un final bonito.

—Es la historia más bonita que he escuchado nunca —dijo la mayor de las niñas, muy decidida.

—Es la única historia bonita que he oído nunca —dijo Cyril.

La tía expresó su desacuerdo.

—¡Una historia de lo menos apropiada para explicar a niños pequeños! Ha socavado el efecto de años de cuidadosa enseñanza.

—De todos modos —dijo el soltero cogiendo sus pertenencias y dispuesto a abandonar el tren—, los he mantenido tranquilos durante diez minutos, mucho más de lo que usted pudo.

«¡Infeliz! —se dijo mientras bajaba al andén de la estación de Templecombe—. ¡Durante los próximos seis meses esos niños la asaltarán en público pidiéndole una historia impropial.»





TOBERMORY

Era una tarde lluviosa y desapacible de fines de agosto, durante esa estación indefinida en que las perdices están todavía en sus guaridas o en algún frigorífico y no hay nada para cazar, a no ser que uno se encuentre en algún lugar que limite al norte con el canal de Bristol. En esa zona se pueden perseguir legalmente robustos venados rojos.

De modo que esa tarde, los huéspedes de *lady* Blemley estaban todos reunidos en torno a la mesa del té. Y, a pesar de la monotonía del momento, no había indicio en la reunión de esa inquietud que nace del tedio. La atención de todos se concentraba en la personalidad del señor Cornelius Appin. Los otros huéspedes de *lady* Blemley apenas lo conocían. Alguien había dicho que era «inteligente», y la anfitriona tenía ex-

pectativas de que por lo menos alguna porción de su inteligencia contribuyera al entretenimiento general. No había podido descubrir hasta la hora del té en qué dirección, si la había, apuntaba su inteligencia. No se destacaba por su ingenio ni por saber jugar al croquet; tampoco poseía el poder de hipnotizar ni sabía organizar representaciones teatrales. Era un simple señor Appin y el nombre de Cornelius parecía ser simplemente un fraude bautismal.

Sin embargo, en cierto momento el señor Appin aseguró haber lanzado al mundo un descubrimiento frente al cual la invención de la pólvora, la imprenta y la locomotora resultaban meras bagatelas. La ciencia había dado pasos asombrosos en diversas direcciones durante las últimas décadas, pero para el señor Appin todo parecía pertenecer al dominio del milagro más que al del descubrimiento científico.

—¿Y usted nos pide realmente que creamos —decía *sir Wilfred*— que ha descubierto un método para hacer hablar a los animales, y que nuestro querido y viejo Tobermory fue el primer discípulo con el que obtuvo un resultado feliz?

—Es un problema en el que he trabajado mucho los últimos diecisiete años —dijo el señor Appin—, pero solo durante los últimos ocho o nueve meses he sido premiado con el mayor de los éxitos. Experimenté por supuesto con miles de animales, pero últimamente solo con gatos, esas criaturas admirables que han asimilado tan maravillosamente nuestra civilización sin perder por eso todos sus desarrollados instintos salvajes. De tanto en tanto se encuentra entre los gatos una inteligencia superior, como sucede también entre los seres humanos, y cuando conocí hace una semana a Tobermory, me di cuenta inmediatamente de que estaba ante un «supergato»

de extraordinaria inteligencia. Con Tobermory, como ustedes lo llaman, he llegado a la meta.

El señor Appin concluyó su notable afirmación en un tono en que se esforzaba por eliminar una inflexión de triunfo.

—¿Quiere decir —preguntó la señorita Resker, después de una breve pausa— que usted ha enseñado a Tobermory a decir y a entender oraciones simples y breves?

—Mi querida señorita Resker —dijo pacientemente el caballero—, de esa manera gradual y fragmentaria se enseña a los niños, a los salvajes y a los adultos atrasados; cuando se ha resuelto el problema de cómo empezar con un animal de inteligencia altamente desarrollada no se necesitan para nada esos métodos vacilantes. Tobermory puede hablar con absoluta corrección.

—¿No sería mejor traer al gato y juzgar por nuestra cuenta? —sugirió *lady Blemley*.





Sir Wilfrid fue en busca del animal, y todos se entregaron a la espera de asistir a un acto de ventriloquismo más o menos hábil.

Sir Wilfrid volvió al instante, pálido su rostro bronceado y los ojos dilatados por el asombro.

—¡Caramba, es verdad!

Su agitación era inequívocamente genuina y sus oyentes se sobresaltaron en un estremecimiento de renovado interés.

Dejándose caer en un sillón, prosiguió con voz entrecortada:

—Lo encontré dormitando en el salón de fumar, y lo llamé para que viniera a tomar el té. Parpadeó como suele hacer, y le dije: «Vamos, Toby; no nos hagas esperar». Entonces ¡Dios mío!, articuló con lentitud, del modo más espantosamente natural, que vendría cuando le diera la real gana. Casi me caigo de espaldas.

Appin se había dirigido a un auditorio completamente incrédulo; las palabras de *sir Wilfrid* lograron un convencimiento

instantáneo. Se elevó un coro de exclamaciones de asombro dignas de la Torre de Babel, entre las cuales el científico permanecía sentado y en silencio gozando del primer fruto de su estupendo descubrimiento.

En medio del clamor entró en el cuarto *Tobermory* y se abrió paso con delicadeza y estudiada indiferencia hasta donde estaba el grupo reunido en torno a la mesa del té.

Un silencio tenso e incómodo dominó a los comensales. Por algún motivo resultaba incómodo dirigirse en términos de igualdad a un gato doméstico de reconocida habilidad mental.

—¿Quieres tomar leche, *Tobermory*? —preguntó *lady Blemley* con la voz un poco tensa.

—Me da lo mismo —fue la respuesta, expresada en un tono de absoluta indiferencia. Un estremecimiento de reprimida excitación recorrió a todos, y *lady Blemley* merece ser disculpada por haber servido la leche con un pulso más bien inestable.

—Me temo que derramé bastante —dijo.

—Después de todo, no es mía la alfombra —replicó

Tobermory.

Otra vez el silencio dominó al grupo, y entonces la señorita Resker, con sus mejores modales, le preguntó si le había resultado difícil aprender el lenguaje humano. Tobermory la miró fijo un instante y luego bajó serenamente la mirada. Era evidente que las preguntas aburridas estaban excluidas de su sistema de vida.

—¿Qué opinas de la inteligencia humana? —preguntó Mavis Pellington, en tono vacilante.

—¿De la inteligencia de quién en particular? —preguntó fríamente Tobermory.

—¡Oh, bueno!, de la mía, por ejemplo —dijo Mavis tratando de reír.

—Me pone usted en una situación difícil —dijo Tobermory, cuyo tono y actitud no sugerían por cierto la menor timidez—. Cuando se propuso incluirla entre los huéspedes, *sir* Wilfrid protestó asegurando que era usted la mujer más tonta

que conocía. *Lady* Blemley replicó que su falta de capacidad mental era precisamente la cualidad por la que la invitaba puesto que no conocía ninguna otra persona tan estúpida como para que le comprara su viejo automóvil. Ya sabe cuál... —concluyó el gato.

Las protestas de *lady* Blemley habrían tenido mayor efecto si aquella misma mañana no hubiera sugerido casualmente a Mavis que ese auto era justo lo que ella necesitaba.

El mayor Barfield se precipitó a cambiar de tema.

—¿Y qué hay de tus andanzas con la gatita de color carey, allá en los establos?

Ni bien lo dijo, todos advirtieron que la pregunta era una burrada.

—Por lo general no se habla de esas cosas en público —respondió fríamente Tobermory—. Por lo que pude observar de su conducta desde que llegó a esta casa, imagino que le parecería inconveniente que yo desviara la conversación hacia sus pequeños asuntos.

No solo al mayor lo dominó el pánico que siguió a estas palabras.

—¿Quieres ir a ver si la cocinera ya tiene lista tu comida? —sugirió apresuradamente *lady* Blemley, fingiendo ignorar que faltaban por lo menos dos horas para la comida de Tobermory.

—Gracias —dijo Tobermory—, acabo de tomar el té. No quiero morir de indigestión.

—Los gatos tienen siete vidas, sabes —dijo *sir* Wilfrid con ánimo cordial.

—Posiblemente —replicó Tobermory—, pero un solo hígado.

—¡Adelaida! —exclamó la señora Cornett—, ¿vas a permitir que este gato salga a hablar de nosotros con los sirvientes?



El pánico en verdad se había vuelto general. Se recordó con espanto que una balaustrada ornamental recorría la mayor parte de las ventanas de los dormitorios, y que era el paseo favorito de Tobermory a todas horas. Desde allí podía vigilar a las palomas y... sabe Dios qué más. La señora Cornett, que pasaba mucho tiempo frente a su espejo y cuyo cutis tenía fama de ser totalmente natural, se mostraba muy incómoda. Bertie van Tahn, tan depravado a los diecisiete años que hacía ya mucho que había abandonado su intento de ser todavía peor, se puso de un color blanco apagado como de gardenia, pero no cometió el error de precipitarse fuera de la habitación como Odo Finsberry, un joven que parecía seguir la carrera eclesiástica y a quien posiblemente perturbaba la idea de enterarse de los escándalos de otras personas. Sir Wilfrid tuvo la presencia de ánimo de guardar una apariencia de serenidad. Interiormente se preguntaba cuánto tiempo tardaría en procurarse una caja de ratones selectos para utilizarlos como soborno.

Aun en una situación delicada como aquella, Agnes Resker no podía resignarse a quedar relegada por mucho tiempo.

—¿Por qué habré venido aquí? —preguntó en un tono dramático.

Tobermory respondió inmediatamente.

—A juzgar por lo que dijo ayer la señora Cornett mientras jugaban al croquet, fue por la comida. Describió a los Blemleys como las personas más aburridas que conocía, pero admitió que eran lo bastante inteligentes como para tener un cocinero de primer orden; de otro modo les resultaría difícil encontrar a quien quisiera volver por segunda vez a su casa.

—¡Ni una palabra de lo que dice es verdad! ¡Pregunten a la señora Cornett! —exclamó Agnes, confusa.





—La señora Cornett repitió después su observación a Bertie van Tahn —prosiguió Tobermory— y dijo: «Esa mujer está entre los desocupados que integran la Marcha del Hambre; iría a cualquier parte con tal de obtener cuatro comidas por día», y Bertie van Tahn dijo...

En ese instante, misericordiosamente, la crónica se interrumpió. Tobermory había divisado a Tom, el gran gato amarillo de los vecinos, que avanzaba a través de los arbustos en dirección del establo. Tobermory salió disparado por la ventana abierta.

Con la desaparición de su por demás alumno brillante, Cornelius Appin se encontró envuelto en un huracán de amargos reproches, preguntas ansiosas y temerosos ruegos. Él era el responsable de la situación, y era él quien debía impedir que las cosas empeoraran aún más. ¿Podía Tobermory enseñar su peligroso don a otros gatos? Era la primera pregunta que tuvo que contestar. Era posible, dijo, que hubiera iniciado a su amiga íntima, la gatita de los establos, en sus nuevos conocimientos, pero era poco probable que sus enseñanzas abarcaran por el momento un margen más amplio.

—Siendo así —dijo la señora Cornett— acepto que Tobermory sea un gato valioso y una mascota adorable; pero seguramente convendrá conmigo, Adelaida, que tanto él como la gata de los establos deben desaparecer sin demora.

—No supondrá que este último cuarto de hora me haya sido placentero —dijo amargamente *lady* Blemley—. Mi marido y yo queremos mucho a Tobermory... por lo menos, lo queríamos hasta que le fueron impartidos esos horribles conocimientos; pero ahora, por supuesto, lo que hay que hacer es eliminarlo tan pronto como sea posible.



—Podemos poner estricnina en el alimento que recibe a la hora de la comida —dijo *sir Wilfrid*—, y a la gata del establo la mataré yo mismo. El cochero lamentará mucho perder a su mascota, pero diremos que los dos gatos padecían un tipo de sarna muy contagiosa y que temíamos que se extendiera a los perros.

—Pero, ¡mi gran descubrimiento! —protestó el señor Appin—; después de tantos años de investigaciones y experimentos...

Un arcángel que proclamara grandes milagros y descubriera que coincidían imperdonablemente con las finales del mundial de fútbol y tuviera que postergar sus maravillas por tiempo indefinido no se hubiera sentido tan deprimido como Cornelius Appin ante la acogida que se dio a su magnífica hazaña. Tenía en contra, sin embargo, la opinión pública, que si hubiera sido consultada al respecto es probable que una cuantiosa minoría hubiera votado por incluirlo en la dieta de estricnina.

Horarios defectuosos de trenes y un nervioso deseo de ver las cosas consumadas impidieron una huida inmediata de los huéspedes, pero la comida de aquella noche no fue por cierto un éxito social. *Sir Wilfrid* pasó momentos difíciles con la gata del establo y después con el cochero. Agnes Resker se limitó ostentosamente a comer un trozo de tostada reseca, que mordía como si se tratara de un enemigo personal, mientras que Mavis Pellington guardó un silencio vengativo durante toda la comida. *Lady Blemley* hablaba incesantemente haciéndose la ilusión de que estaba conversando, pero su atención se concentraba en el umbral. Un plato lleno de trozos de pescado cuidadosamente dosificados estaba listo en el aparador, pero pasaron los dulces y los postres sin que Tobermory apareciera en el comedor o en la cocina.

La sepulcral comida resultó alegre comparada con la siguiente vigilia en el salón de fumar. El hecho de comer y beber había procurado al menos una distracción al malestar general.

El bridge quedó eliminado, debido a la tensión nerviosa y a la irritación de los ánimos, y después que Odo Finsberry ofreció una lúgubre canción en el bosque ante un auditorio glacial, la música fue por tácito acuerdo evitada. A las once los sirvientes se fueron a dormir, después de anunciar que la ventanita de la despensa había quedado abierta como de costumbre para el uso privado de Tobermory. Los huéspedes se dedicaron a leer las revistas más recientes, hasta que paulatinamente tuvieron que echar mano en la biblioteca de los volúmenes encuadernados. *Lady Blemley* hacía visitas periódicas a la despensa y volvía cada vez con una expresión de abatimiento que hacía superfluas las preguntas acumuladas.

A las dos *sir Wilfrid* quebró el silencio imperante.

—No aparecerá esta noche. Probablemente está en las oficinas del diario local dictando la primera parte de sus memorias. Será el acontecimiento del día.

Habiendo contribuido de esta manera a la animación general, *sir Wilfrid* se fue a acostar. Tras prolongados intervalos, los diversos integrantes de la reunión siguieron su ejemplo.

Los sirvientes, al llevar el té de la mañana, formularon una declaración unánime en respuesta a una pregunta unánime: Tobermory no había regresado.

El desayuno resultó, si cabe, una función más desagradable que la comida, pero antes que llegara a su término la situación se despejó. De entre los arbustos, donde un jardinero acababa de encontrarlo, trajeron el cadáver de Tobermory. Por las mordeduras que tenía en el cuello y la piel amarilla que le había quedado entre las uñas, era evidente que había resultado vencido en un combate desigual con el gato grande de los vecinos.



Hacia mediodía la mayoría de los huéspedes habían abandonado la gran casona, y después del almuerzo *lady Blemley* se había recuperado lo suficiente como para escribir una carta sumamente antipática a los vecinos acerca de la pérdida de su preciada mascota.

Tobermory había sido el único alumno aventajado de Appin, y estaba destinado a no tener sucesor. Algunas semanas más tarde, en el jardín zoológico de Dresde, un elefante que no había mostrado hasta entonces signos de irritabilidad, se escapó de la jaula y mató a un inglés que, aparentemente, había estado molestándolo. En las crónicas de los periódicos el apellido de la víctima aparecía indistintamente como Oppin y Eppelin, pero su nombre de pila fue invariablemente Cornelius.

—Si le estaba enseñando los verbos irregulares al pobre animal —dijo *sir Wilfrid*—, se lo tenía merecido.



Hector Hugh Munro, conocido por el pseudónimo literario de Saki, fue un famoso escritor, novelista y dramaturgo británico. Nació en Birmania el 18 de diciembre de 1870 y falleció el 14 de noviembre de 1916. Sus agudos y, en ocasiones, macabros cuentos recrearon irónicamente la sociedad y la cultura victoriana en la que vivió.



Vamos Buenos Aires